

SECCION BIBLIOGRAFICA

NOTAS Y REPLICAS

¿ES NECESARIA LA SOCIOLOGIA?

Sin duda, la ciencia es uno de los factores más importantes en la configuración del mundo moderno. La medida en que es, también, variable dependiente en su proceso histórico es otra cuestión, que aquí no nos atañe dilucidar. Las Ciencias Sociales, por su parte, son las recién llegadas a esta magna empresa del hombre moderno que consiste en ordenar la vida mediante la razón, en adquirir conocimientos que permitan la predicción y el control. Por ello, aún hoy muchas explicaciones de los asuntos humanos no están demasiado lejos de las que Francesco Sizzi, un astrónomo del siglo XVII, daba de la imposibilidad de que Júpiter tuviese satélites, aunque éstos ya habían sido observados con la ayuda del telescopio:

«Hay siete orificios en la cabeza: dos ventanillas nasales, dos ojos, dos oídos y la boca, e igualmente en los cielos hay dos estrellas favorables, dos desfavorables, dos luceros y Mercurio, aislado, indeciso e indiferente. De este y de muchos otros fenómenos semejantes de la naturaleza, tales y como los siete metales, etc., que sería tedioso enumerar, hay que concluir que el número de los planetas es necesariamente siete. Todavía más, estos satélites de Júpiter son invisibles a simple vista y, por consiguiente, no existen. También, las naciones antiguas, como las europeas modernas, han adoptado la división de la semana en siete días y han dado a éstos los nombres de los siete planetas. Ahora bien, si aumentamos el número de los planetas, se nos derrumbará todo el sistema» (1).

El punto fundamental es, a mi parecer, el de si los prejuicios pueden o no sustituir al conocimiento científico. La realidad, la social como las demás, puede

(1) Cita tomada de GEORGE A. LUNDBERG, CLARENCE C. SCHRAG y OTTO N. LARSEN: *Sociology*, Rev. Edition, Harper, Nueva York, 1958; pág. 55.

o no desagradarnos. Conocerla, o aspirar a conocerla, es el primer paso para tratar de actuar sobre ella. Por descontado que también cabe actuar sin preocuparse de cómo es realmente. No obstante, ¿qué conseguiremos así?

La simplicísima reflexión anterior viene a cuento de la reciente obra del profesor Aranguren sobre la juventud europea (2). El libro contiene, además, otros ensayos: tres sobre el catolicismo, dos sobre el humanismo y las humanidades, uno sobre el ocio y la diversión en la ciudad y sendos otros sobre Alemania e Italia. Mi propósito en los escasos párrafos que siguen es hacer una breve glosa al artículo que da título a la obra, aunque debo confesar que me causa violencia resistirme a hacer lo mismo con el que trata del ocio, problema capital con el que se enfrenta ahora nuestra sociedad, por virtud principalmente de la automatización. Es la primera vez que acontece a la especie humana algo parecido. Ciertamente que los griegos se encontraron en situación comparable; empero, hay notabilísimas diferencias que van desde que en la moderna sociedad de masas los esclavos son máquinas y no hombres, hasta que nuestra técnica permite pensar en que la escasez puede ser barrida pronto de la Tierra (3).

A lo que quiero referirme, pues, es a la juventud de la sociedad opulenta. Ante todo, debo decir que de primera mano solamente conozco algo de la juventud norteamericana; de la europea, por lecturas. Acaso esto, sin embargo, no sea demasiado obstáculo si es verdad que Occidente todo está acomodándose al *American way of life*. En cualquier caso, mis comentarios se orientarán principalmente a destacar lo que hay de sintomático en la exposición de Aranguren, ya que apreciar síntomas es un procedimiento legítimo para la formulación de hipótesis susceptibles de investigación empírica.

El catedrático de Ética y Sociología de la Universidad de Madrid habla de la juventud europea, sobre la base de los datos obtenidos en los estudios de Schelsky y Giroud, más un *rapport* de *L'Express*. El no hace análisis secundario de los resultados de estas investigaciones, sino que se ciñe a exponer significativamente sus conclusiones. Y digo *significativamente* porque creo que él al escribirlo y nosotros al leerlo pensamos pronto en lo mismo, en nuestra juventud, en la juventud española. Sobre ella, aún carecemos de estudios semejantes a los hechos ya en Inglaterra, Japón, Polonia, Estados Unidos, Alemania, Francia y otros países. Pero, según mis noticias, acaso no tarden mucho en ver la luz los primeros análisis de una encuesta sobre los presu-

(2) JOSÉ LUIS ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*. Seix y Barral, Barcelona, 1961; 206 págs.

(3) Sobre el problema del ocio me permito recomendar la obra de NELS ANDERSON: *Work and Leisure*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1961.

puestos mentales de los jóvenes de quince a dieciocho años, patrocinada por la Delegación Nacional de Juventudes y realizada por el profesor Juan Linz y un grupo de entusiastas colaboradores suyos. Entonces podremos tener alguna idea acerca de algo que a todos nos flota más o menos en el pensamiento al leer las páginas de Aranguren: y de la juventud española, ¿qué?

Huelga decir que el libro de Aranguren ya sería importante por eso sólo, si además no tuviese otros méritos. Su estilo directo y sencillo revela una profunda vocación intelectual y un riguroso sentido de los problemas importantes de nuestro tiempo. Es un maestro de jóvenes de ahora; él ha entendido que para hablarles no sirve cualquier lenguaje. Les habla en el que entienden y lo hace de tal manera que en su simpático y sincero *post scriptum* llega a preguntarse si su pintura no le refleja también a él. En esta medida, cuando menos, no cabe duda de que sí.

Aranguren, empleando la terminología de Laín Entralgo, se plantea el problema de la juventud europea en relación con:

- a), lo impuesto a ella;
- b), lo depuesto por ella;
- c), lo que ella ha puesto;
- d), lo propuesto por ella.

En los estudios utilizados por Aranguren, la juventud se define operacionalmente entre dos límites de edad que, por cierto, no siempre coinciden. Entendemos así, con todos los inconvenientes que ello puede acarrear, lo que se quiere decir y acerca de quién se dice. Dudo de que, en su estado actual, el concepto de generación sea análogamente útil. En resumidas cuentas, de lo que se trata es de que —para hablar técnicamente— los distintos grupos de edad (cohortes) se socializan de modo diferente. En otras palabras, el rol de los jóvenes se define de manera distinta en varias épocas. En un período cercano de la historia de Europa, la juventud fué elevada a suprema categoría política. A los jóvenes de ahora les vienen impuestas, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, la confusión y la decepción. Lo previo es justamente lo que ellos deponen. ¿Quién quiere hoy más *Wunderkinder*?

Por eso mismo es por lo que «lo característico de la actual juventud es el desplome de los ideales, la desilusión y, consecuentemente, en mayor o menor grado, el escepticismo». Lo que pone en lugar de lo derrocado es «el atenuamiento positivo a la realidad y la búsqueda de seguridad —cuando se busca— no en dogmas, principios, programas, ideologías u organizaciones, sino más a ras de suelo, en la acomodación *funcional* a la realidad inmediata».

Como tarea, como proyecto, ¿qué se propone? Schelsky dice que la juventud actual se caracteriza por su «idealismo de la utilidad». Prefiere los

hechos a las palabras y a las buenas intenciones. Desconfía de la grandilocuencia. Se refugia en la vida privada. Es conformista en su actuación social y política. En un párrafo lapidario, Aranguren escribe:

«Hombres inspirados por una moral de este tipo [una moral *standard* del «hombre medio»] no realizarán, en general, grandes hazañas. La empresa más adecuada a su sobriedad de talante parece ser la sobria lucha por la justicia.»

Debo confesar que este párrafo me inquietó profundamente cuando lo leí por vez primera, va ya para un año. ¿Qué quiere decir el autor? Estos días atrás he hablado sobre él con varios de mis jóvenes amigos universitarios. Tal y como yo lo entiendo, la realización de la justicia es la mayor hazaña imaginable. Por añadidura, sólo sobriamente es posible realizarla. A mí no se me ocurre pensar en *proposición* de más envergadura para una juventud. Ella refleja, además, lo que, creo yo, son las dos grandes notas de la juventud de la sociedad opulenta: la profesionalidad como forma de actuación y la nivelación social como fin último.

El problema más importante del mundo actual es, sin duda, el desnivel entre países desarrollados y subdesarrollados; su reflejo en las diferencias regionales y su manifestación en la desigualdad de oportunidades (4). Las ideologías, de cualquier signo, son cosa de poca monta en comparación con la ingente hazaña que es acabar con la ignorancia, la miseria y el hambre de dos tercios de la Humanidad (5). El *Peace Corps* americano es una empresa juvenil, ideada por el grupo de jóvenes *new frontiersmen* de la Administración de Kennedy. La nueva generación no es revolucionaria, pero su interés se dirige, ante todo, «a la elevación del nivel de vida y a la eficacia funcional». Por esto el comunismo ha pasado a ser más una *técnica* de desarrollo que una explicación de la vida. Los politizados son muy pocos, un puñado de vociferantes de derechas y de izquierdas.

La juventud actual es «escéptica como en todo en cuanto a las virtudes místicas de la *Gemeinschaft* que pretendía abrazar la vida entera de la persona». Precisamente éste no es un concepto sociológico científico, sino una más de las banderas que tan penosas consecuencias han traído a nuestra Europa y a sus hombres y tanto desprestigio a la Sociología como Ciencia (6).

(4) C. P. SNOW: *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge University Press, Nueva York, 1959, págs. 43 y sigs.

(5) Ver DANIEL BELL: *The End of Ideology*. Free Press, Glencoe, 1960.

(6) Ver RENÉ KÖNIG: «Die Begriffe Gemeinschaft und Gesellschaft bei Ferdinand Tönnies», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 7 Jahrgang, 1955, Heft 3, págs. 12-84.

«El joven de hoy se une, pues, a los otros hombres para tareas muy concretas: bien para conocer cómo viven y poder testimoniar de ello, y también sacar las consecuencias y adoptar las actitudes correspondientes, o bien para las sobrias y precisas finalidades de la asociación funcional».

La privatización a que aspiran los jóvenes les lleva, naturalmente, a conceder una gran importancia a la familia, por lo menos en su función básica de ser sede de afectos, esfera la más íntima de la vida social. El tipo de matrimonio no es el institucional, sino el de camaradería o compañerismo (7). Una característica fundamental es la del casamiento temprano, que todavía no se da en España. Sus razones son posiblemente más complejas de lo que se suele pensar: la concepción de la vida matrimonial como empresa en común entre iguales, en la que ambos cónyuges soportan las cargas, nuevamente la necesidad de un recinto privado y seguro y la limitación consciente de la natalidad, entre otras.

Finalmente, «el trabajo no es ya considerado como el sentido total de la existencia, ni su relación con él es concebida... como fundamentalmente moral y aún religiosa, sino, de una manera realista, positiva, como puro medio...» Con un solo vocablo, esto es lo que se entiende por profesión. Por ello es por lo que se profesionalizan también los estudios, que suelen ser vividos «incluso por los jóvenes que durante los años universitarios pueden dedicarse íntegramente a ellos, como una actividad profesional semejante a cualquier otra». Querámoslo o no, la racionalización y la seguridad exigen la profesionalización. Un mundo de profesionales puede racionalizarse; no así uno de *amateurs*. En esto no hay sino pura consecuencia. Es —como dice Aranguren en otro contexto— un precio que hay que pagar.

Este es, a grandes rasgos, el perfil de los jóvenes europeos de hoy. Muchas de sus características no nos gustan. A mí por lo menos. Es muy probable que la juventud española sea diferente en bastantes aspectos de la que Aranguren describe. No obstante, sería atrevido e imprudente afirmar que solamente se parece a la europea en la edad. Lo podremos saber si y cuando lo preguntemos científicamente. Entonces, los datos que recojamos serán o no de nuestro agrado y tendremos puntos de referencia para formular planes de acción. Antes, sólo cabe discutir por medio de ejemplos y los ejemplos, como es sabido, sirven para ilustrar, pero no prueban nada.

SALUSTIANO DEL CAMPO

(7) E. W. BURGESS y H. J. LOCKE: *The Family: From Institution to Companionship*, American Book Co. 2.ª edición, Nueva York, 1953.

EN TORNO AL PARTIDO CONSERVADOR BRITANICO

Al año de publicar un número especial dedicado al Partido Laborista, *The Political Quarterly* (1) dedica otro número monográfico al Partido Conservador (2). Hace poco también reseñamos aquí (3) otro número de la misma revista que se ocupaba de algunos otros aspectos del Laborismo inglés, notablemente del primer Gobierno laborista de 1924, en torno al cual, Sidney Webb escribió un memorándum —artículo central del número— que, publicado ahora, daba pie a las reflexiones de varios miembros destacados del Partido. La prestigiosa revista inglesa nos está dando así una serie de datos valiosísimos para la comprensión del *two party system* de la Gran Bretaña, que tras el prolongado período de gobierno conservador ha hecho pensar a algunos que se estaba convirtiendo en un «gobierno democrático monopartidista». Este es, precisamente el título de un artículo del profesor Beer, de la Universidad de Harvard, publicado también en otro número de *The Political Quarterly* (abril 1961), que pensaba en un monopartidismo que, sin embargo, no actuaría antidemocráticamente, al estar contrapesado y controlado por la oposición oficial y por las disidencias internas. Es verdad —como se cuida de decir *The Political Quarterly* en su artículo editorial— que la situación del Laborismo no es tan crítica como la existente tras las elecciones de 1959, en que muchos profetas vaticinaron la muerte, por división, del Partido Laborista y la vuelta del Liberal, como alternativa de los conservadores en el turno gubernamental. No obstante, el Partido Conservador sigue siendo más sólido y más estable que su principal oponente. De ello sería un índice el tono de los artículos aparecidos en este número especial de la revista británica, que, frente al sentido admonitorio que adoptaron los redactores del número dedicado al Laborismo, se distingue por un carácter más bien analítico y, en ocasiones laudatorio, lo que hace decir a los editores que «el Partido Conservador necesita menos y responde menos a un constante proceso de admonición». De ahí que le califiquen como un *self-confident body*.

(1) V. la recensión que de dicho número realizó en esta REVISTA Luis SÁNCHEZ AGESTA (núm. 113-14, págs. 230-235).

(2) *The Political Quarterly*. Special Number: The Conservative Party. Julio-septiembre 1961. vol. 32, núm. 3.

(3) Núm. 119, págs. 311-314.

Estas afirmaciones iniciales conducen de lleno al problema central planteado por los dos partidos británicos principales y por la marcada peculiaridad de uno y de otro. Si en vez de atender al aspecto externo de su organización y estructura —en las que también se dan diferencias definitivas—, nos fijamos en su doctrina y programa y en la evolución de las mismas, en lo que podemos llamar su actitud ante la política y ante los problemas humanos y sociales en general, quizás llegásemos a la conclusión de que en ellos hay algo más que simples diferencias específicas, pues incluso parecen pertenecer a géneros diversos.

El Partido Conservador carece de doctrina, si por doctrina entendemos un programa de acción gubernamental. Como los partidos americanos, prepara para cada elección, de acuerdo con las circunstancias del momento, un programa *ad hoc*, un manifiesto electoral que, como dice Richard Hornby en su artículo (*Conservative principles*), se plasma en frases flexibles e inconcretas como «Britain Strong and Free», en 1951; «United for Peace and Progress», en 1955, o «Peace and Opportunity», en 1959. Los conservadores no tienen empacho en confesar «con orgullo» —como dice Hornby— que «su partido no es el prisionero de ninguna serie de principios rígidos», y hasta dan a este hecho una parcial justificación por la heterogénea composición del partido. No vacilan, incluso, como escribe Christopher Hollis en su artículo (*The Conservative Party in History*), en afirmar que son «francamente oportunistas», subrayando la frecuente reversión de sus puntos programáticos que ha llegado, como recuerda el mismo Hollis, al extremo de que medidas, tales como la emancipación de los católicos o el *Home Rule* para Irlanda, que habían sido acremente combatidas por los conservadores durante varias generaciones, hayan pasado a formar parte del *Statute Book* gracias a los votos conservadores. ¿Quiere esto decir que los conservadores británicos sean unos cínicos oportunistas, *politicians* más que *statemen*, según suelen distinguir los anglosajones? ¿Nos hallamos, acaso, ante un mera máquina electoral, al estilo de los partidos norteamericanos, cuyo fin termina en la conquista del poder, con independencia de toda preocupación doctrinal? A tales conclusiones podría llegar desde este lado del Canal cualquiera no atento a las especiales peculiaridades de la política de las Islas Británicas, rasgos privativos que son únicos e irrepetibles a pesar de los intentos de imitación. No es posible perder de vista el pragmatismo británico que, aunque en menor grado, como veremos más adelante afecta también al Partido Laborista. Ya señalaba en este mismo lugar Sánchez Agesta que «como en una ocasión dijo Samuel Gompers, resumiendo el ideario de los sindicatos norteamericanos, también el Partido Laborista era el instrumento de los que querían más subrayando que «el socialismo británico no ha nacido de la acción ideológica de un libro», sino

que «ha sido más bien una racionalización de la protesta de los que no privilegiados de la sociedad inglesa» (4).

Tal pragmatismo no es, sin embargo, absoluto. Hay una actitud conservadora como hay una actitud laborista. En este sentido Fraga ha escrito que «los dos partidos principales de Inglaterra suelen ser el reflejo de dos mentalidades típicas en una época de cambios, como lo es la que viene desde la revolución industrial. Una es la mente conservadora la que mira hacia atrás, hacia la Edad de Oro, con simpatía y hacia adelante con prudencia. La otra es la que mira hacia adelante, hacia la Tierra Prometida con ilusión y hacia atrás sin excesivo respeto» (5). Así, pues, hay una serie de principios, de «verdades íntimas» de creencias conservadoras, más trabadas quizás —como señalaba Yuste Grijalba en esta REVISTA al hacer el comentario a *The Conservative case*, de Lord Hailsham (6)— que las laboristas, al menos tal como se han presentado éstas últimamente. Estas creencias conservadoras, estas «bases ideológicas —como escribía Yuste— que van a proyectar su sombra sobre los problemas de una sociedad evolucionada», son para los conservadores «no tanto una filosofía como una actitud, una fuerza constante... que corresponde a una exigencia profunda y permanente de la propia naturaleza humana». En la enumeración de estas bases ideológicas que hace Hornby en este número especial de *The Political Quarterly* y que sigue a *The Case for Conservatism*, publicado en 1947 por Lord Hailsham (entonces Mr. Quintin Hoog), obra a la que califica como «el más estrecho examen de los principios conservadores hecho en la postguerra», queda subrayado el carácter «defalciente» de la naturaleza humana; la devoción a la nación «foco natural de la lealtad política», lo que significa que «el primer deber de los gobernantes es mantener la fuerza y la seguridad del país»; la importancia de la unidad; la necesidad de un ejecutivo fuerte; la creencia en la propiedad que da independencia y responsabilidad y en la empresa privada aun reconociendo que el Estado puede intervenir de vez en cuando. Hornby habla incluso de un «instinto conservador» que consistiría en «tantear el terreno cuidadosamente antes de dar un nuevo paso». Por esto afirma Hollis que en general el Partido Conservador ha sido «el partido del *status quo*», lo que no significa inmovilismo, sino adaptación, más o menos ágil, de aquellos principios a las circunstancias cambiantes. La política a seguir —ha dicho Butler— no puede sacarse de un

(4) V. recensión, cit., pág. 231.

(5) V. *El Parlamento británico*, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1961, página 103.

(6) «Laboristas, conservadores y liberales», REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, número 120, págs. 266-279.

sombrero. «Tal política —continúa— es hecha por las grandes tendencias y fuerzas mundiales, del mismo modo que las mareas del mar se mueven por tracciones invisibles» (7). Frente a esta visión de un conservadurismo adaptando unos principios permanentes a unas circunstancias en mutación, está la opinión de Richard Rose —que hay que señalar es el único colaborador del número monográfico no perteneciente al Partido—, para quien los conservadores están contra el cambio. Esta afirmación tajante no será muy del gusto de los conservadores que ven mejor expresado su sentir en la actitud de Disraeli de «salvar lo que queda viable del pasado preparando a la vez el porvenir por medio de una generosa política». A no dudarlo, habría que asegurar que el Partido Conservador y sus gobiernos se ha ajustado a veces a una, a veces a la otra de estas dos interpretaciones. Pero de ningún modo se puede afirmar que el Partido Conservador esté fosilizado en una rancia postura. Como ha señalado Cazamman, el Partido Conservador inglés «tiene el privilegio de estar en perpetua transformación sin cambiar jamás» (8). El artículo editorial de la revista comentada insiste: «Aunque los tiempos han cambiado y con ellos la política conservadora, el partido sigue siendo el mismo y se puede reconocer en él al partido de Disraeli, de las dos generaciones de Chamberlains, de Stanley Baldwin y de Sir Winston Churchill.» Esta maleabilidad del conservadurismo que no empece la fidelidad —entendida desde luego en un sentido muy amplio— a unos principios últimos le convierte en la institucionalización de la prudencia política, en algo muy próximo a ciertas significaciones del término «movimiento» en cuanto expresión de una presencia en la vida política sin las ataduras de un programa estrecho y caduco, como son, por naturaleza, todos los programas.

El pragmatismo de los laboristas a que antes también nos referíamos no tiene tal flexibilidad. El bipartidismo supone, como subraya W. J. Biffen en su artículo (*Party Conference and Party Policy*), que tanto un partido como otro son vastas coaliciones, en cuyo reino son naturales e inevitables profundas divisiones como consecuencia de los conflictos de intereses. Pero en el partido *tory* y como fruto de su carácter no dogmático, la capacidad de compromiso es mayor. Por el contrario, en el laborismo las discrepancias son más agudas, pues su condición de Partido Socialista hace inevitable ante

(7) En su discurso ante la Conferencia del Partido en Brighton el 13 de octubre de 1961. V. *Conservative Party Conference 1961*, núm. 21 (31 de octubre de 1961) de las «Notes on Current Politics» editadas por «The Conservative Research Department». La cita de BUTLER en pág. 8.

(8) V. FRAGA, ob. cit., pág. 104, nota 7.

cualquier medida la pregunta *is it socialism?*, «oscura piedra de toque —dice el artículo editorial citado— que siempre debe aplicarse a todas las disputas doctrinales». De ahí también que «sus declaraciones políticas lleven las señas del trabajo dialéctico» y que, con frecuencia reflejen indecisión. En la Conferencia del Partido Conservador de 1961, Macmillan ha considerado la indecisión como la característica actual de los socialistas, y Macleod, muy irónicamente, refiriéndose a la Conferencia del Partido Laborista, en Blackpool, decía que «sería injusto decir que no han llegado a ninguna conclusión... pues han decidido no decidir. Se han comprometido firmemente a no comprometerse» (9). Hay que acoger con toda cautela tales afirmaciones provenientes de enemigos políticos, pero no hay que perder de vista la parte de verdad que encierran. La dificultad del inevitable salto de la utopía y de la doctrina a la realidad puede explicar quizás la relativa menor eficacia gubernativa del laborismo, que, ordinariamente, se ha visto reducido al papel de oposición. «Los dos primeros gobiernos laboristas (1924 y 1929-31) —recuerda Fraga (10)— fueron breves en coalición y terminaron mal. El gobierno de 1947-51 fué el primero que se ejerció con una mayoría clara; pero ha planteado problemas de liderazgo...» Sería, no obstante, miope desconocer su función en la vida inglesa que, en lo que va de siglo, le ha convertido en un desafío y un estímulo constante que ha mantenido despierto y alerta al Partido Conservador, haciéndole ampliar sus objetivos y poner en juego su capacidad de adaptación. Si es verdad que los conservadores han gobernado más, no es menos cierto que no lo podrían haber hecho sin la presencia laborista.

Consecuencia de lo anterior es la afirmación conservadora de que «su Partido debe gobernar y gobernará» por su capacidad en dotar al país de una administración más eficiente. En efecto, los conservadores parecen estar convencidos de que lo que les da superioridad es el eminente instinto de sus hombres. Abundando en esta idea y a la vez en la flexibilidad del programa conservador, Disraeli afirmó que «el buen gobierno son hombres tory con medidas *whig*».

Aquí hemos de aludir a la sensibilidad conservadora para otra de las virtudes políticas cardinales, la continuidad, que no sólo es una característica del Partido, sino también un principio de aplicación general en la vida nacional que se concreta, como dice Hollis, en la afirmación de que «a menos que haya una buena razón para cambiar, hay una buena razón para no cambiar». Se encuentra así expresada la razón de ser del verdadero conservadu-

(9) *V. Conservative Party Conference 1961 cit.*, págs. 2 y 9.

(10) *Ob. cit.*, pág. 107.

rismo que, como ha señalado recientemente entre nosotros Fraga, «no consiste en defender indiscriminadamente el viejo mundo..., sino en pensar como Burke, que no es prudente hacer cambios violentos..., que no se debe tirar abajo una fachada para poner otra nueva dejando el resto del edificio exactamente igual (el caso de Francia), sino al contrario, guardar la vieja y prestigiosa fachada, pero instalando dentro cuartos de baño, neveras, nuevos servicios, etc...» (11). Esta concepción está, sin duda, bien lejos de la de los que juzgan el conservadurismo, según un criterio estrictamente gramatical como intento de fosilización de todo lo existente, como oposición a toda tarea creadora y a toda medida inédita. Conservadurismo no sería, de este modo, inmovilismo. Aunque algunos lo han entendido y «practicado» así. El conservadurismo no está reñido con una meta ambiciosa y lejana, pero cree en la circunstancialidad de todas las medidas que pueden ser a la vez oportunas e inoportunas en diferentes ocasiones, pues, como señala Hollis, «el hecho de que una reforma no fuera deseable ayer no prejuzga la cuestión de si es deseable hoy». Mientras la mentalidad utópica o idealista, a la que están más próximos los laboristas, juzga en términos de bueno o malo según la intrínseca naturaleza de la medida o reforma discutida, sin conexión con la temporalidad y las demás circunstancias, la mentalidad conservadora juzga en términos de oportuno o inoportuno sin entrar en la bondad de las medidas en su plano ideal, conscientes en cada caso de la posible resistencia, adaptabilidad y preparación de la sociedad, que no es, como escribe Lord Haislham, y recuerda Yuste, «una máquina o un edificio, sino un ser viviente que ha de evolucionar, sin duda, pues no es un organismo sin vida, pero que sólo lo hará saludablemente si evoluciona de un modo natural, esto es, de acuerdo con sus caracteres adquiridos e inherentes» (12). Bien clara aparece aquí la idea organicista tan cara a la mentalidad conservadora pero compatible, como veremos, con otras concepciones muy distintas.

No es extraño, por otra parte, que se haya señalado la creencia del Partido Conservador en la desigualdad, idea que ha sido incluso considerada, como recuerdan los editores de *The Political Quarterly*, como «la subyacente unidad de propósito» que le caracteriza y le hace distinto de los otros partidos políticos británicos, «excepto quizás los comunistas» dicen. Esta creencia en la desigualdad y en la importancia de defender el privilegio, subrayan los mismos editores, no aparece por razones electorales en los manifiestos, pero

(11) V. «Conservación y revolución», en *Organización de la convivencia*. Colección Acueducto. Madrid, 1961.

(12) Reseña cit. en nota 6.

es algo sutil que incluso explica el éxito electoral, pues «mientras un partido político no debe creer en la desigualdad, el público en general sí cree en ella» (13) y se recuerdan los análisis sociológicos que precedieron y siguieron a la elección de 1959 que mostraron cómo en Inglaterra el electorado respondió adversamente al igualitarismo y a la solidaridad de la clase trabajadora. Incluso los recientes y repetidos éxitos del Partido Conservador pueden explicarse parcialmente por la decepción de algunos de los tradicionales soportés del Laborismo, partido clasista. «El Partido Conservador —afirman los mismos editores— sigue siendo un partido de desigualdad, pero sus desigualdades no son rígidas». Esta tendencia del Partido Conservador está favorecida por el proceso de desproletarización que se está produciendo en Gran Bretaña caracterizado por la pérdida de la conciencia de clase y de la fe política y por la esterilización de las estructuras de la vida política obrera. De este fenómeno han hecho Jean y Monica Charlot un reciente y completo análisis (14).

Richard Rose dice en su artículo (*Tensions in Conservative Philosophy*) que tal desigualdad tiene dos fuentes. En muchos conservadores es la consecuencia de la concepción orgánica de la sociedad que comporta como es natural cierta estratificación social. En otros es el fruto no de este modelo orgánico, sino del modelo económico de la sociedad en el que las desigualdades proceden de las diferentes habilidades de los individuos que se enfrentan en el mercado. La raíz tradicional y liberal, respectivamente, de cada uno de esos puntos de vista está bien patente y su coexistencia en el mismo partido muestra el carácter de coalición del mismo. Su origen se debe a que en la vieja aristocracia terrateniente, que constituyó el primitivo núcleo del par-

(13) Es muy interesante comparar estos hechos y estas afirmaciones con los resultados de las investigaciones sobre la creencia en la igualdad realizadas por ROBERT E. LANE en los Estados Unidos que le llevan a concluir que existe un «miedo a la igualdad sobre todo en las clases trabajadoras». Ni «el pueblo», ni los hombres de negocios, ni la clase trabajadora —escribe— deben ser contemplados como los defensores consecuentes y relativamente sin modificación de la libertad y la igualdad. Las clases profesionales —al menos en la cultura americana— actúan como los defensores más firmes de los dos mayores ideales de la democracia.» «La gente —dice también— tiende a tener menos interés en la igualdad de oportunidades que en la disponibilidad de alguna oportunidad.» (En «The Fear of Equality», en *The American Political Science Review*, vol. 53 (marzo 1953), págs. 35-51. Reproducido en *Introductory Readings in Political Behavior* (ed. por Sidney Ulmer), Rand McNally, and Co. Chicago, 1961, páginas 52-65.)

(14) «Politisation et Dépolitisation en Grande-Bretagne», en *Revue Française de Science Politique*, vol. XI, núm. 3, septiembre de 1961, págs. 609-641.

tido, se añadió posteriormente la moderna y dinámica burguesía industrial. Aludiendo a esta transformación y refiriéndose a Peel, escribe André Maurois que «él mismo se encontraba mucho más cerca de la fábrica y de la tienda que del castillo o del *Cottage*» (15). Rose, que es un norteamericano, profesor en Manchester, y que pertenece al Partido Demócrata en su país, cree que en la actualidad se hace más hincapié sobre el modelo económico que sobre el orgánico. Esto tiene gran importancia desde la perspectiva de la política social, pues mientras para el pensamiento económico (liberal), el Estado debe abstenerse de intervenir en la lucha dejando que cada cual se cuide de sí mismo, «una de las implicaciones de la teoría orgánica de la sociedad es el deber de los gobernantes de atender a las necesidades del conjunto, incluyendo las partes menos favorecidas». De ahí que piense que «los recientes incrementos de las cargas sociales... pueden no ser más que una retirada táctica». Hollis —que como el resto de los colaboradores en el número, salvo el citado Rose, es conservador y, en su caso, antiguo miembro del Parlamento— afirmará, por el contrario, que las acusaciones de los oponentes que califican al Partido Conservador como «el partido de los ricos» no son ciertas. Y aporta en apoyo de su tesis estadísticas recientes, según las cuales, el 70 por 100 de la baja clase media; el 35 por 100, de la clase trabajadora alta, y el 30 por 100, de la «sólida» clase trabajadora, además del 85 por 100 de la «sólida» clase media, han votado en conservador en las elecciones de la postguerra. Y más adelante estimará que entre un 30 y un 40 por 100 de «tradeunionistas» votan por los conservadores. Las razones son, dice, que la gente vota hasta cierto punto por intereses económicos, pero también por temperamento, pues, añade, «no sólo de pan vive el hombre» (16). El propio líder de los laboristas, Gaitskell, ha confirmado las anteriores ci-

(15) *Historia de Inglaterra*. Ed. Surco. 9.ª ed. Barcelona, 1960, pág. 475.

(16) Esta vinculación de ciertos temperamentos a una ideología conservadora y anti-igualitaria puede ponerse, con ciertas reservas, a la luz de los estudios sobre conservadurismo y personalidad que, en marco de las investigaciones sobre el comportamiento político se han realizado en los Estados Unidos. No se podría afirmar, desde luego, que los votantes ni los líderes conservadores reúnan todos ni muchos de los rasgos que según los estudios de McCLOSKEY (V. «Conservatism and Personality», en *The American Political Science Review*, vol. 52 (1958), págs. 27-45. Reproducido en la obra citada en nota 13, págs. 33-44), caracterizan en un alto porcentaje a la mentalidad conservadora, rasgos que, por lo general, muestra personalidades poco maduras y con graves conflictos emocionales. Una cosa es la personalidad psicológica «conservadora» y otra la política de los partidos llamados conservadores, aunque entre ambos problemas no dejen de existir posibles relaciones.

fras en la última Conferencia del Partido (Blackpool, octubre de 1961) al indicar que tres de cada diez tradeunionistas y cuatro de cada diez de sus esposas votan a los torys (17).

* * *

En el valioso número de *The Political Quarterly*, que ha dado pie a este comentario, encontramos otros muchos datos que contribuyen a un mejor conocimiento del Partido Conservador y, a su través, de la política británica. Hollis estudia no sólo, como hemos visto, la composición del electorado conservador, sino también la evolución del núcleo del partido, esto es, el paso de la aristocracia a la plutocracia de las viejas familias a los hombres nuevos. Examina asimismo el carácter de los miembros conservadores de los Comunes, tanto por su educación (sólo dos sin más que instrucción elemental, 218 de los 263 con enseñanza universitaria) como por su ocupación (un trabajador, 86 juristas, 113 hombres de negocios, 26 periodistas y 38 granjeros).

Se trata, pues, de un partido de composición heterogénea que, no obstante, posee una unidad más sólida que el aparentemente más homogéneo Partido Laborista. De este tema se ha ocupado Hugh Berrington en un artículo muy reciente aparecido en otro número de *The Political Quarterly* (18), en el que señala cómo las discrepancias internas en el Partido Conservador no sólo son más raras, sino que difieren en la finalidad y carácter de los problemas que las producen en la naturaleza de las facciones disidentes. Como consecuencia del débil papel que las cuestiones ideológicas juegan en el partido no hay propiamente, como en el Laborista, una derecha y una izquierda; se trata, más bien, de diferencias de intereses. Por ello el que es en una ocasión rebelde, en otra quizás apoye al Gobierno y viceversa, a diferencia de lo que ocurre entre los laboristas.

Hollis concluye que las cosas han cambiado, pero no tanto como podría esperarse considerando todo lo que el mundo ha cambiado y termina refiriéndose a la actitud de los conservadores ante los católicos (él mismo es católico) y los judíos.

La alusión a la educación e instrucción de los diputados conservadores puede plantear otro problema: ¿Qué papel juegan los intelectuales en el Partido? De él se ocupa Julian Critchley, miembro del Parlamento, en un

(17) *Labour-Liberal-TUC-Conferences*, núm. 20 de las «Notes on Current Politics» (23 de octubre de 1961).

(18) Vol. 32, núm. 4, octubre-diciembre 1961. «The Conservative Party: Revolts and Pressures 1955-1961», págs. 363-373.

artículo (*The intellectuals*) que se inicia con la frase de Lloyd George: *The Tory Party is the stupid Party* y con la afirmación repetida en tiempos por la izquierda de que ser a la vez intelectual y conservador era imposible. Tal cosa no puede ya mantenerse, dice Critchley, y en apoyo de su afirmación examina el origen y las funciones de las tres organizaciones que vinculadas de diverso modo al partido, han jugado un gran papel para cambiar el concepto del *stupid party*. Tales organizaciones son el *Conservative Political Centre* —especie de *Fabian Society* conservadora, dice—, que provee de activistas al partido, organiza conferencias y reuniones, facilita material para las discusiones y actúa como editorial; el *Bow Group*, sociedad de investigación independiente del partido, de sentido «liberal», que publica libros y una revista, *Crossbow*, y el *One Nation Group*, constituido por miembros del Parlamento y que de los tres cuerpos «intelectuales» es el que tiene mayor influjo en el partido.

A pesar de todo, «el Partido Tory —termina Critchley— no será nunca un partido intelectual en el sentido que lo es la mitad no sindical del Partido Laborista. Un partido que no se dispone a cambiar las bases fundamentales de la sociedad, no puede serlo... No ha sido por accidente ni falta de intención como el Partido Conservador se ha labrado el reconocimiento de ser el partido político democrático con más éxito del mundo. Puede que no seamos tan "estúpidos" como parece algunas veces». Las anteriores palabras de este diputado conservador son muy expresivas del modo de ser de los *tories* más preocupados por la eficacia que por la doctrina, que, no obstante, ha sido objeto de preocupación en los últimos tiempos. Butler, en su discurso de despedida como *Chairman* ante la Conferencia del Partido de 1961, celebrada en Brighton del 11 al 14 de octubre, aludía a su interés por el pensamiento político rebatiendo la opinión de «algunos que dicen que el pensamiento político en un partido es una cosa extremadamente peligrosa» (19).

David Hennessy escribe un amplio y documentado artículo (*The Communication of Conservative Policy, 1957-1959*) en el que estudia el funcionamiento de la máquina propagandística del partido desde el momento en que Lord Hailsham fué nombrado *Chairman* del mismo. Su actividad, que ha sido vital para los conservadores, se ha basado en la idea de que la propaganda no gana las elecciones, sino que empuja más rápidamente a los electores en el sentido que ya estaban recorriendo. Esta afirmación abonaría, si se probase, la relación entre personalidad psicológica y conducta electoral. Las técnicas psicológicas utilizadas son las mismas que emplean las agencias

(19) V. *Conservative Party Conference 1961* cit. en nota 7, pág. 8.

de publicidad hasta el punto de que el Partido Conservador hace la mayor parte de su propaganda a través de estas agencias. No obstante, los órganos directivos del partido tienen encomendadas ciertas funciones que se examinan con detenimiento. El estudio termina con unas interesantes conclusiones: 1.^a La propaganda política será más efectiva cuando se diga algo que la mayoría del electorado esté deseando oír. 2.^a Los mensajes demasiado complicados, excesivamente difundidos a través de diversos medios y dirigidos a un sector demasiado amplio del electorado, producen un impacto menor. Por ello es preferible la concentración en lo esencial. 3.^a La simplificación excesiva de los problemas políticos, característica de las buenas técnicas propagandísticas, puede ir en contra del ideal democrático de un electorado informado que realice sabias decisiones a base de los hechos de una situación. 4.^a La propaganda política debe ser planeada antes de la elección.

* * *

Cuando en 1960 se reunieron las Conferencias nacionales de los Partidos, el Conservador estaba en su mejor momento. Fué entonces cuando Beer contempló la posibilidad de un monopolio conservador del poder y cuando los laboristas parecían al borde de la desintegración. La situación ha cambiado mucho desde entonces. Por una parte los laboristas han capeado el temporal y, sin llegar a una unidad sólida e indiscutible, han logrado soldar las peores grietas que amenazaban la supervivencia del partido. Por otro lado el Partido Conservador, un poco más gastado por el poder, ha tenido que enfrentarse con una serie de problemas, especialmente de índole económica, de solución poco fácil. La coyuntura económica británica se ha deteriorado sensiblemente llegando a una situación de estancamiento que ha obligado al Canciller del Exchequer, Mr. Selwyn Lloyd, a declarar que el país sufre una crisis económica que sólo podrá superarse con drásticas medidas de emergencia que van de la elevación del tipo de interés a la petición de no elevar los salarios. Tales impopulares medidas han dado una nueva oportunidad a los laboristas que han publicado un programa, *Signposts for the Sixties*, que, presentado a la Conferencia del Partido, reunida en Blackpool en los primeros días de octubre de 1961, ha sido aprobado con las inevitables discrepancias. El folleto considera como causa primaria de la poca vitalidad de la economía inglesa su dominio por una pequeña clase elevada, el llamado *Establishment*, y cree que el remedio no está en medidas de emergencia y a corto plazo, sino en una planificación a escala nacional y en otras soluciones, tales como la nacionalización de industrias que vuelve a ocupar un lugar des-

tacado en el programa laborista (20). La prudencia oficial del Partido Laborista a este respecto es censurada y superada por otros sectores del mismo que preconizan una decidida y amplia nacionalización (21). El caso es que los conservadores se han visto acusados del actual estancamiento económico, ante el cual han carecido de remedios que ataquen el problema en su raíz (22).

Las actitudes económicas del partido son el principal tema del artículo de W. J. Biffen, en el número monográfico que dió pie a este comentario. Al lado de quienes sostienen que el Estado, con el fin de proteger a la agricultura principalmente, debe continuar su intervención en la economía —herederos de Chamberlain y de los aranceles imperiales de los años treinta, dice Biffen— están los que piden un mayor grado de libertad en la economía. De éstos han salido también los defensores de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común.

Con ello hacemos referencia a otro de los grandes desafíos con que debe enfrentarse el Partido Conservador, que por encontrarse en el poder se ha visto obligado a adoptar una postura a costa de discrepancias internas. El laborismo, sin embargo, ha asumido una actitud de *wait and see*, como afirmaba el *Daily Herald* en un editorial titulado «Demasiada cautela». El problema aún no se ha resuelto definitivamente, pero todo parece indicar la victoria de los «europeístas». Pero no ha sido sin esfuerzo, desde luego, como el llamado *European lobby*, defensor de la entrada en el Mercado Común ha vencido en el seno del partido a los sectores agrícolas proteccionistas.

* * *

Como ya en otras ocasiones de su historia al Partido Conservador, le ha tocado enfrentarse con graves problemas, de cuya solución dependerá el futuro de la Gran Bretaña. El estímulo de los laboristas para que encuentre el camino practicable y su propio deseo de servir al país harán que ese camino se encuentre, más por instinto que por razonamiento.

ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO

(20) V. un comentario elogioso del nuevo programa laborista en «The causes and cure of stagnation» en el núm. de *The Political Quarterly* citado en nota 18. Una interpretación crítica desde el lado conservador en op. cit., nota 17.

(21) V. *The Face of Britain: A Policy for Town and Country Planning*, suplemento especial al *Socialist Commentary* de septiembre de 1961 que preconiza la inmediata nacionalización de toda la tierra.

(22) El miedo de los conservadores a ser acusados de pasividad les ha llevado a defenderse del reproche. Así, en *Economic Growth*, núm. 19 de las *Notas on Current Politics* (19 de junio de 1961), leemos: «La frase "desarrollo económico" es nueva, pero el Partido Conservador ha hecho siempre hincapié en la importancia del progreso, del cambio, de la oportunidad, de las iniciativas y del incentivos».

